



EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Discurso del doctor don Moisés Escalante Posse al recibir el título de Académico de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Señor Rector, señores Decanos, Académicos y Profesores, Señores: Nuestro generoso sentimiento de hermandad entre los hombres, vive horas de intensa angustia. La lucha del presente señala uno de los más grandes momentos de la historia, el cual va influir en las orientaciones del espíritu público, del progreso y del derecho, marcando un alto, en el común ideal de la fraternidad humana. Ante esta noche profunda de un nuevo infierno dantesco, parecería cumplirse la ley histórica de progreso y retroceso incesante a que se encuentra sometido el universo, según las teorías de Giordano Bruno; y que las grandes conquistas de la civilización y del derecho se derrumbaran en el fragoroso estrépito de la más grande de las catástrofes que registra la historia y que contrista el espíritu, llenándolo de aquella dolorosa congoja, que hace veinte siglos debió pesar sobre la humanidad y a la cual solo animaba y sostenía la esperanza mística de la venida de aquél niño que debiera nacer en las humildades del pesebre y que alegraría con las glorias de sus doctrinas el corazón de las gentes y el alma redimida de los pueblos.

No podemos presentir las consecuencias verdaderas de esta guerra, ni las ideas que llegarán a germinar en el fango sangrien-

to de la masacre: sólo nos es dado imaginar que una nueva faz de las relaciones políticas, jurídicas y económicas van a presentarse al estudio — observación y desarrollo de los hombres de estado — que grandes combates van a librarse en el nuevo campo que se abre a la acción del pensamiento y de la palabra, pero cuyos horizontes no es posible presentir ante esta cortina de sangre que se agita y como un torbellino arrasa las nacionalidades, los pueblos, las existencias, las esperanzas, y las serenas emociones de la vida superior del espíritu y a que la humanidad había llegado por el esfuerzo gigantesco de veinte siglos. en que la conciencia humana, enamorada del ideal de la libertad, elaboró sus formas concretas en la realidad de las instituciones que han consagrado y mantenido la plenitud de los derechos del hombre, alzándose contra las tenaces imposiciones de la servidumbre.

Es el gran drama que se desarrolla con irradiaciones siniestras de trágica epopeya, uno de esos hechos colosales que se presentan en el tiempo y en el espacio de la historia para marcar el final de una edad y servir de obstáculo, donde se estrellan y se tuercen — tomando una distinta orientación — las eternas corrientes de los tiempos y de la vida (1).

Los pueblos jóvenes, los que como nosotros, marchamos fuera del conflicto, pero sintiendo como en la propia entraña, el ardor desgarrante de la herida — debemos vigilar el porvenir, buscando en más activas fórmulas de cultura los medios apropiados que nos permitan en su hora tomar colocación honrosa en la nueva comunión de las naciones que surgirá, como una sangrienta aurora sobre las desolaciones y las ruinas de la inmensa catástrofe.

El pensamiento contemporáneo está gobernado por el afán poderoso de elevar el entendimiento de las masas, dando formas eficaces y prácticas a la dirección de la cultura pública que tien-

(1) Emilio Castelar, «Historia de Europa».

ce a armonizar las desigualdades resultantes en toda organización social, y a colocar en mejores condiciones a los hombres para que puedan desenvolver sus propias actividades, fortaleciendo su cerebro — ensanchando su entendimiento, levantando los conceptos morales de la vida y dándole por la educación mayor conciencia de sus aptitudes que lo conducirán a obtener lógicamente un valor superior de la acción individual. A tan elevado fin debemos concurrir todos, aportando nuestros entusiasmos y esfuerzos de mejoramiento intelectual, pensando que éste es el medio eficaz de llevar adelante las conquistas de la civilización alcanzada, al par que estimular el vuelo armonioso de la libertad hacia formas fecundas y más prácticas en el consorcio de la paz y el trabajo.

Señores:

Las exigencias cada vez más crecientes de la vida moderna originadas por el perfeccionamiento extraordinario de los elementos materiales de labor y de progreso que el ingenio y la inteligencia humana han puesto al servicio del hombre, han determinado a la vez un cambio profundo en las aspiraciones individuales y colectivas, revolucionando los conceptos sociales, creando antagonismos que agitan como un fantasma destructor la lucha de clases, engendradas por esa diferenciación de la educación y la cultura; por la falta de ideas, de sentimientos y de costumbres armonizadas. Ese peligro no solo se diseña, sino que es una realidad en todos los grandes centros del mundo y que tiene ya, entre nosotros sus bases arraigadas, que es preciso combatir por los grandes resortes de una educación moral, de una instrucción adecuada y en relación con las necesidades y aspiraciones del momento.

Los hombres que estudian y reflexionan sobre los graves problemas generales de la vida colectiva, han influido poderosamente en esta gran cruzada educadora del pueblo, poniendo las luces de su espíritu, el caudal de sus conocimientos y sus sanas y fuertes energías al servicio del éxito de tan elevados pro-

pósitos que conducirán a los hombres a su felicidad y engrandecimiento.

Casi todas las naciones de cultura superior han encarado el problema con un espíritu de adelanto que revela el concepto que se tiene sobre su importancia en el destino futuro de sus conquistas, en el orden de la armonía social, de la libertad y del progreso. De ahí esa gran corriente educadora inglesa que en poco más de medio siglo ha elevado el nivel moral e intelectual del pueblo. De ahí la grandeza — hoy trágica de Alemania, fulgurando en el estrépito aterrador del cañón y la metralla y sobre el cual culmina como en un gigantesco y luminoso Sinai, su unidad científica potente. — Francia, que sacude el frondoso ramaje clásico de su enseñanza para dejar filtrar la nueva luz en sus aplicaciones populares de cultura, sin perder el rasgo distintivo de elegancia, sutileza y gracia que constituye su nota seductora y atractiva. (1). España que se incorpora a la acción militante de las nuevas corrientes desde su Ilustre Universidad de Oviedo, constituyéndose en vocera elocuente de la extensión universitaria, y así, señores, todos los demás pueblos de la Europa. Los Estados Unidos que va realizando su cultura fuera de todos los modelos clásicos y que en las caracterizaciones gigantescas de sus creaciones va siempre más allá de lo existente, nos muestra en el “ambiente depurado y noble” de sus ciudades universitarias, las conquistas fecundas y serenas del saber, la eficacia maravillosa de sus métodos educadores, todo el valor de una instrucción exclusiva que modela el alma, que forma “el individuo de las sociedades modernas apto para vivir en la compañía de sus iguales, a reconocer el mérito ajeno, a aplicar el propio juicio, a sacar el mayor provecho posible de la originalidad de la iniciativa, de la perseverancia, a conocer a los hombres, a tolerar sus debilidades y ayudarlos a sacar el mayor partido de sus cua-

(1) Giner de los Ríos, «Pedagogía universitaria».
Paul Crouzet, «Literature et conférences», pág. 10.

lidades positivas." — Nelson. Hacia la Universidad Futura, página 12.

Es, señores, una esperanza delicadamente halagüeña de mi espíritu argentino, el pensar que es obra de sano y elevado patriotismo emprender la gran cruzada de la Extensión universitaria y quiero, siguiendo la opinión de Sadler y antes de entrar a considerar la necesidad de su aplicación entre nosotros, recordaros brevemente su historia para que pueda ser mejor comprendido este movimiento educador.

Las grandes y viejas Universidades de Cambridge y Oxford, se encontraron desde 1662 a 1853 y bajo cierto punto de vista separadas del movimiento de la vida nacional, a consecuencia del principio de exclusión religiosa que aislaba aquellos institutos del pueblo y por lo cual no les era dable participar intensamente en la cultura general de Inglaterra. Al desaparecer en los últimos años aquel exclusivismo, las universidades tomaron un enérgico empuje que se tradujo en formas diversas y que llegaron al público, determinando en éste un interés creciente que se elevó a una honda y poderosa simpatía.

Las grandes ciudades manufactureras hicieron un llamamiento a estas Universidades, buscando en ellas el medio educador de los obreros y pidiéndoles el envío de profesores a fin de levantar el nivel espiritual estimulando la instrucción de aquella masa de hombres que tanta influencia política ejercían, no obstante su vida apartada de toda organización de alta cultura. Estas solicitudes no encontraron durante muchos años apoyo alguno hasta que en 1857, Oxford y después Cambridge, instituyeron un sistema de examen que tenía por objeto observar el valor de las escuelas secundarias y elevar el nivel intelectual de las mismas. Fué este sistema la fórmula que consagró y reconoció el derecho de llamamiento de la educación nacional a las energías y recursos de estos institutos, más allá de sus recintos sagrados. El establecimiento de los exámenes locales constituyó el punto de partida de la Extensión Universitaria, al deci-

dir a las Universidades a tomar una intervención tan directa en la instrucción de los estudiantes que no podían concurrir a la enseñanza de sus aulas.

Diez años después (1867), existían en diversas ciudades de Inglaterra, sociedades de señoras que tenían por objeto organizar conferencias. Fué llamado a darlas un espíritu ardiente, entusiasta, que unía a las dotes de su elocuencia persuasiva la sutilidad de un observador profundo: James Stuart, era el alma fervorosa del nuevo apostolado, estudiante entonces en Trinity College, quien obtuvo un éxito feliz en sus tareas. Pudo darse cuenta al llenar su misión de las grandes necesidades de cultura en que se encontraban diversas clases de gentes; hombres y mujeres, profesionales y obreros, que no pudiendo concurrir a la Universidad, imponía la obligación de que ésta fuera a ellos. Bajo estas nobles impresiones fué Stuart el solicitante tenaz y enérgico, hasta que consiguió de la Universidad de Cambridge, que hiciera algunos experimentos de lo que hoy designamos como trabajos de Extensión, consagrando así una enseñanza oficial universitaria por medio de sus maestros que concurren al llamado de los centros organizados bajo las condiciones establecidas por la Universidad, organización que encontró amplio apoyo en Inglaterra y permitió se trazara un plan de enseñanza tendiente a satisfacer todas las necesidades y pedidos. En consecuencia, la Universidad encargó a un comité y a título de ensayo que creara cursos de dos años y nombrara examinadores que apreciaran el trabajo de los discípulos. Ante los resultados favorables obtenidos, el Senado de la Universidad consagró la permanencia del comité, autorizándolo para organizar los comités locales, que garantizarían los fondos necesarios para el cumplimiento de sus fines — y así, asegurada la vida financiera, se adoptó el plan de James Stuart, que consistía en series de cursos sobre un mismo objeto — el uso del Sillabus o compendio impreso de todas las lecciones sobre un mismo objeto y que es el guía del estudiante cuando se encuentra entregado a sus solas fuerzas — los

ejercicios escritos y que el auditorio remite voluntariamente cada semana y destinado a suplir el interrogatorio público y por fin la clase por oposición a los cursos y en las cuales se discute, se provocan las preguntas y las objeciones. Si este plan no pudo realizarse cumplidamente en aquella hora obtuvo éxitos francos, que el porvenir ha justificado cuando vemos a casi todas las universidades inglesas y muchas otras de diferentes pueblos, que dedican a esta obra de labor social sus actividades y esmeros educativos. (1).

Observando tan felices resultados, no obstante las condiciones en que comenzó en Inglaterra, pienso que su implantación al amparo de esta gloriosa casa, no será obra imposible desde que no faltarán hombres enérgicos y perseverantes, que con el noble ideal a cuesta, libren los incruentos combates que son el tributo obligado para el arraigo y crecimiento de toda grande y nueva idea.

El momento es favorable. Nuestro problema social está en su desarrollo embrionario y su solución definitiva aparece lejana en el orden del tiempo. Debemos, en consecuencia, encararlo en esta hora, con la visión serena y clara que reclama su importancia, poniendo al servicio de idea tan fundamental, todas las enseñanzas del pasado, aplicando el justo criterio de adaptación, según las especiales condiciones de nuestro modo de ser, las exigencias y necesidades de nuestro medio social y las ideas del tiempo en que nos toca actuar.

Es, por lo tanto, imprescindible inspirarse en el ejemplo de los pueblos o sociedades que nos han precedido en esta forma y organización de la cultura, aprovechando las analogías adaptables para llegar a mejores y más rápidos resultados, pero sin buscar una identidad de aplicación de los métodos que nos podría resultar mal sana dadas las distintas condiciones de nuestro pueblo.

(1) Sigo en esta síntesis histórica a Michael Salder y Max Leclerc.

La historia de la cultura pública no registra en ninguno de sus momentos, una acción tan señalada como la de esta época presente, en pro de la educación general y la tendencia a condensar en las universidades, la corriente directriz y educativa de la juventud, realizando así, bajo nuevas y más vigorosas formas una acción social superior a la enseñanza de las viejas universidades, limitadas en sus programas a una influencia meramente instructiva y proveedora exclusiva de diplomas profesionales, al decir de Giner de los Ríos. *Pedagogía Universitaria*, pág. 41.

Nos encontramos, por obra de un destino favorable, en las mejores condiciones para encarar y desarrollar las graves cuestiones sociales. Nuestra condición de pueblo joven, sin un pasado histórico de siglos, nos coloca en situación de recibir todas las influencias de las poderosas corrientes del progreso y las cuales no encuentran para su feliz adaptación los prejuicios, los inconvenientes de los intereses creados por las viejas civilizaciones y que es necesario combatir, para que las nuevas ideas adquieran el vuelo natural en sus aplicaciones concretas de adelante. En este sentido no podemos desconocer, señores, que los principios que han gobernado los actos de nuestros hombres de estado, han sido en un todo favorables a la instrucción pública más amplia, habiéndose obtenido felices resultados, no obstante los grandes y justificados inconvenientes nacidos de nuestras condiciones políticas y sociales de pueblo en formación, sino también, de los derivados de nuestra topografía, de la falta de medios de comunicación entre nuestras poblaciones descentralizadas, de la carencia de elementos educadores y la pobreza misma de nuestras gentes, como también las formas en que estos han debido y deben hasta el presente, en muchos puntos de la República, desenvolver su acción laboriosa y fecunda.

Los resultados de la instrucción primaria preparando el cerebro y el alma de la niñez, no pueden dejarse abandonados, ya sea a las absorciones de la vida de trabajo que la necesidad im-

— II —

pone, o bien a las determinaciones de la familia que cierra al niño las puertas de la escuela. Negarle a éste la alimentación de su espíritu en un período tan aprovechable de la vida, es quitarle los elementos esenciales que sirven para que cada uno reconozca su vocación individual y se labre un porvenir que debe influir favorablemente en el progreso de la colectividad.

Es a suplir esta falta de escuela a la cual no le es dado concurrir por razones de ocupación o edad, que debe venir la enseñanza extensiva, llenando esa laguna en la cultura popular, completando lo que comenzó a aprender y al mismo tiempo ocupar las horas que el trabajo deja libre, en una tarea fácil y liviana como es la de escuchar la palabra interesante del maestro, ilustrada con los materiales de explicación que exige la finalidad de la clase y que facilita la comprensión del tema. Por estos medios se logrará también arrancar un porcentaje apreciable de jóvenes trabajadores a las sollicitaciones nocivas de los lugares del vicio, del ocio y de las malas compañías. Becerro de Bengoa. La enseñanza en el Siglo XX.

En esa forma, paso a paso, sin trastornos, ni violencias iremos preparando el germen de nuestra gran cultura que tendrá en su hora magnífica eclosión.

Señores:

La tendencia moderna de la Universidad no va solo a la preparación del hombre en las varias profesiones que están reglamentadas; es de mayor e intensa difusión social, es la de crear valores "humanos y positivos" de cultura que contribuyan eficazmente al adelanto intelectual por el lógico perfeccionamiento de toda capacidad individual. Y para llegar a estos eficaces resultados, debemos tener presente el profundo concepto educativo inglés, de ayudar intelectual, moral y materialmente a la juventud, debiendo este principio constituir para nosotros, norma de conducta pública y privada y cuya realización en la práctica debe hacerse por el órgano de los institutos apropia-

dos y de los medios que la experimentación de los métodos modernos nos indican.

La escuela constituye la primera etapa educadora, es el primer paso en el camino de la liberación de la ignorancia, de los prejuicios que restan al hombre medios eficaces de perfeccionamiento, de adaptación a las nuevas y superiores formas de la vida misma. Tal instrucción rudimentaria debe ser mejorada por medio de la Extensión, en aquellos espíritus ya casi formados en la dura experiencia de la labor diaria, que conocen las dificultades de la vida, porque con ellas han tropezado y van buscando la mejor forma de solucionarlas por virtud de esos conocimientos que necesariamente y a medida que se asimilan, les presentan al espíritu mejores horizontes, más vastos, más llenos de esa luz radiosa que al alejar sombras del cerebro, les da a conocer un mundo nuevo de donde deriva una más elevada y superior orientación del pensamiento.

La escuela es factor esencial, ella proporciona el ambiente a los fines de la Extensión que no tropezará así, con los inconvenientes de una ignorancia absoluta, pudiendo desenvolverse sobre los principios firmes de disciplina y orden adquiridos en el aula primaria.

En el sentir contemporáneo, es la universidad el principal y más poderoso resorte para la formación del medio apropiado a la cultura general de los espíritus. De ahí las nuevas corrientes, los nuevos conceptos de la acción universitaria, que tienden en la hora actual, a variar los aspectos fundamentales de su vida, transformando sus métodos, ampliando sus fines en una coordinación de estudios superiores y múltiples, adaptándose al ambiente, no sólo en lo que se relaciona con las exigencias del saber que llena, de la preparación profesional, sino también en cuanto a darle mayor irradiación social, entregándola a los afectos populares para que en forma más intensa y eficaz que hasta el presente, vaya su espíritu infiltrándose en el espíritu del pueblo, y éste busque en ella la fuente donde saciar sus necesidades

de adelanto. De ahí, señores, que veamos levantarse al lado de la fidelidad de la tradición clásica francesa en la enseñanza, la tendencia a transformar el ideal de la misma en un sentido análogo al de las instituciones de Alemania, especialmente aplicado al elemento intelectual y científico. Y frente a ellas, bajo formas más amplias que afectan directamente la vida total del individuo, se levanta pujante la tendencia inglesa de la extensión universitaria. Giner de los Ríos, op. cit., pág. 171. Para llegar a los brillantes resultados que ésta ha obtenido en Inglaterra según las observaciones de Leclerc y otros, debemos seguir sus huellas, dando una seria organización a los centros de extensión, formando el cuerpo de profesores ilustrados que llevará el verbo a los nuevos cenáculos donde van a difundir la luz de la instrucción, despertando aspiraciones, avivando la curiosidad inteligente del pueblo y encauzándolo en seguras corrientes morales.

La enseñanza extensiva, tal como la concibo y la deseo en su aplicación a nuestro medio, debe ser el resultado de una evolución creciente y que exige su natural período de preparación, de formación, diremos mejor, del alma del pueblo, que bajo la acción constante de los maestros adquirirá un armonioso desenvolvimiento. Es preciso que la lección estimule el interés personal del auditorio, no saliendo de los límites que le marca la orientación de éste en la vida, y tienda en consecuencia a presentarle y hacerle conocer cuales son los medios más fáciles para obtener abundante rendimiento moral y material de las aptitudes aplicadas de cada uno. Debe ser educadora en el sentido de un mejoramiento en las costumbres que lleve al ejercicio de una vida sana, enérgica y de mayor asistencia social.

Tales fueron algunos de los móviles que dieron origen a la cruzada extensiva en Inglaterra, y debemos por lo tanto en lo esencial del principio, referirnos a ella, sin descuidar las diferencias básicas que nos separan de aquel pueblo que desenvuelve su vida bajo los viejos cánones de costumbres vigorosas, sin alterar con las revueltas inquietantes del espíritu latino, lo que

recibieron de las generaciones anteriores como sedimento sano y sobre el cual levanta su obra de continuo progreso.

Necesita nuestro pueblo que se le enseñe con lenguaje sencillo, buscaremos el tema simple que le fuera familiar en las bancas de la escuela y así en la gradación lógica a que debemos aspirar se desenvuelvan los conocimientos, llevarlo hasta los conceptos superiores compatibles con su vida y sus aspiraciones.

Yo bien conozco, señores, que nuestro medio social no es el más propicio a la labor intensa del conferencista. Estas formas de la vida nueva no están arraigadas en nuestros hábitos, no atrae a la clase media y obrera y ajustándome a un rigorismo verdadero, ni a nuestra clase intelectual. No entra en nuestra general despreocupación de la vida colectiva, en la inanera de ver y apreciar las cosas, nos falta la costumbre que como una saliente vigorosa del carácter, encontramos en todas las clases sociales del pueblo inglés y que acusan modalidades singulares, que sin duda alguna, han favorecido ampliamente el desarrollo de la acción universitaria, desde que era ya arraigado hábito el de las conferencias en aquel pueblo tradicionalista y pertinaz.

Se impone, en consecuencia, para nosotros, que los centros universitarios, por razones de orden especial, traten o vean de desarrollar por los más eficaces y elocuentes medios, una fuerza poderosa de atracción para que los cursos sean concurridos por el mayor número de alumnos y a lo cual contribuirá eficazmente la seriedad de la organización y el prestigio del cuerpo de profesores, que debe ser especialmente seleccionado, por sus cualidades de preparación, de inteligencia y muy particularmente por un espíritu consagrado a tan abnegada tarea civilizadora.

Sigamos, señores, el consejo de Michelet, expuesto en la fórmula concisa y elegante de su estilo. La educación como toda obra de arte, exige ante todo un plan simple y fuerte. Veamos pues de realizarlo.

Presento estas ideas que no son mías, porque están en el ambiente y vienen desde lejos consagradas por el éxito a nues-

tra ilustre Universidad deseosa de armonizar su marcha al ritmo del progreso. Señalo a su alta dirección en el lógico apresuramiento de este acto, los conceptos generales, las grandes líneas, los atrayentes horizontes, en relación con los cuales debemos hacer la aplicación del sistema, sin perder de vista en ningún momento, su necesaria concordancia con las inclinaciones de nuestro espíritu y la naturaleza múltiple de nuestra vida de labor.

Es la Universidad el hogar de las nobles ideas, de las elevadas inspiraciones. En su seno fecundo se elaboran los grandes ideales de la vida, de la ciencia, de la paz, del consorcio universal, tan ansiado por el corazón del hombre en esta larga noche de dolor y cuya alba se pierde en un rojo crepúsculo de sangre.

No desesperemos, sin embargo, señores, que en las lejanías del tiempo ha de llegar el día de la gloria, cuando sea una realidad la comunión de las gentes, cuando ella corone como una aureola divina, el triunfo de la Universidad, en las batallas que libra contra la ignorancia y los egoismos, tiranos de los hombres y de los pueblos. Levantemos nuestro espíritu y creyentes en el triunfo de los ideales sobre los rudos materialismos, esperemos la hora de la redención por la justicia, la moral y la cultura.

He dicho.
